

# EL DINERO DEL LIBRO Doña Emilia Pardo Bazán

Torres de Meirás, 27-II-1909.

Señor D. J. López Pinillos.

Mi muy distinguido amigo: Se me figura que voy á dejarle á usted y á los lectores con la curiosidad, si es que la sentían, porque me parece arduo contestar con números á su interrogatorio sobre el dinero del libro, ó sea lo que le produce á cada quisque su literatura. Expondré las dificultades.

Cuando á una mujer le preguntan los años que tiene, y por caso inverosímil responde la verdad, la infeliz que ha sido franca se encuentra cargada con los que efectivamente cuenta y diez más que le agregan, pues suponen que se los ha quitado.

Á los que declaran sinceramente lo que ganan con sus libros les sucederá algo análogo; sólo que en vez de adición habrá resta; por entender la gente que el amor propio obliga á la inofensiva hipérbola y á la gasconada sin transcendencia.

Dirá usted que el remedio es aumentar por adelantado lo que han de suprimirnos. Remedio antipático! Vale más el silencio, recomendado por San Bruno y Tomás de Kempis como soberana medicina.

Y, bien mirado, observe usted que ninguna Empresa comercial ni negociante alguno entrega á la publicidad sus libros... de Oaja.

Con más razón debemos reservarnos tales interioridades los que damos á la publicidad otra clase de libros.

No recuerdo en qué diario hube de contestar, hace algún tiempo, á un interrogatorio parecido al que usted me dirige, pero sintético. Me preguntaban cuánto me habían redituado en conjunto las Musas desde que empecé á bregar con tan tiránicas señoras.

No habiendo llevado apunte alguno, ni casi recordando lo más saliente de mis tratos y contratos editoriales, recurrí á atribuir un valor aproximado á cada libro de los que he producido (unos con otros), y dije que se me figuraba haber ganado unos 70.000 duros y pico.

Enunciado así, viste mucho y acaso deslumbró; por lo menos, entonces no faltó quien se deslumbrase; sin embargo, distribuí la cantidad entre tantos años de asidua labor, y recibida en partidas pequeñas, eventuales, se queda bien atrás de cualquiera de los agradables momios que brinda á numerosos españoles nuestra próspera Administración.

Si no hubiese tanto de ilusión en estas cuestiones, la parte de lucro no sería para que nadie se engriese.

Á bien que no sólo de pan vivimos, y un lucro tan honroso es miel sobre hojuelas.

Yo tardé bastante en comprender que el escribir pudiese valer dinero. Al pronto, ni la menor idea tuve de semejante ganancia. Me sorprendió recibir de un editor catalán unos duros; y no vaya ningún malicioso á suponer que me sorprendí porque el editor era

catalán. Al contrario, siempre han sido cordiales y gratas mis relaciones con los editores de Barcelona y, en general, con todos los editores; esto es contestar á una de sus preguntas de usted. Sólo he sido engañada por un diario de América, el que publicó mis correspondencias sobre la Exposición de 1889, reunidas bajo el título *Al pie de la torre Eiffel*; de los dos mil duros espontáneamente ofrecidos sólo me envió los mil primeros. Los editores, en general, ni son judíos, ni son explotadores: son comerciantes, tratan de ganar y hacen bien. Si yo les censurase, les censuraría por poco emprendedores, por su inconsciencia del inmenso negocio que podría ser esta librería española, que lo es tan mezquina. Sin propaganda, sin anuncio, sin organización aquí y en América, han encontrado, sin embargo, los editores el medio de aprovecharse; ¿Qué sería si desplegasen actividad verdadera, si desbrozasen el vastísimo campo virgen?

Puesto que desea usted alguna anécdota relacionada con el dinero literario, recordaré dos rasgos de galantería francesa muy delicada.

Allá por los años de 1886, un francés distinguido, el Sr. Vimpert, que estaba traduciendo *La tribuna*, me envió el precio contratado, quinientos francos, dentro de un ramo soberbio de rosas rojas y amarillas, que le habría costado tal vez doscientos; era en invierno. Y años después, el amable director de la *Evus*, Juan Finot, me remitió, como precio de mi primer artículo de colaboración, un almuerzo de Sévres, antiguo; auténtico; con las abejas imperiales, y por el segundo, seis libros de Arte, llenos de grabados *avant la lettre*. Sólo al tercer artículo empezó á pagarme en francos.

En suma: con los libros no se irá á San Bernardino; pero tampoco veo que se vaya á los lujos que nos cuentan de Victoriano Sardou...

Léanse las confidencias de Valera sobre el producto de *Pepita Jiménez*; la liquidación de Zorrilla en los *Recuerdos del tiempo viejo*; cuanto suspiran en momentos de desaliento los más famosos literatos españoles, y se reconocerá que por cédula no se escribe literariamente.

El día en que yo aspire á recoger pronto unas pesetas publicaré un libro de cocina; un libro útil, muy recomendable en su género.

Lo cierto es que me tienen sorbida el alma otros libros que desearía echar al mundo, y que de fijo no serán ni la mitad de vendibles.

Válganos siquiera nuestro desinterés la indulgencia de los lectores, y anteponiendo al provecho la honra, exclamemos como la Infanta quejosa del Cid, que la desdén por Jemena:

Con ella hubieras hacienda,

conmigo fueras honrado,

que si buena es el hacienda,

muy mejor es el estado...

Y deseando que esta semiconfesión llene (se aproxime á los fines de la encuesta, se despiden su afectísima,

La condesa de Pardo Bazán,

# PELIPE TRIGO

Señor D. J. López Pinillos.

Querido amigo: A las preguntas que usted ha tenido la breza de dirigirme, vamos si yo puedo contestarle con un poco de taumatúrgico pudor; esto es, entromostrando algunas cosas y dejando adivinar muchas más, como hacen las mujoras.

Si, Usted me conoce, como yo le conozco a usted, como nos conocemos todos, y usted y yo y todos sabemos la pudorosa ballarina (D'Annunzio) en que se trueca un escritor al exhibirse personal é íntimamente.

Recuerdo que cuando aquella elegantísima revista de Roma me pidió retratos, me fui tranquilamente al palacio de la Exposición de Retiro, me situé en la escalinata, aguardé á que pasase cerca un landó de lujo, hice que me contemplasen admirados los quince golfos á quienes había repartido previamente algunas perras... y entonces, ¡pum!..., retrato hecho: «Felipe Trigo saliendo de su casa».

—¡Andaaa el tío!—dirían en Roma.

Pero hasta en España, é incluso en Madrid, «enemos nuestros incautos, enosotros los escritores». Lo de mi autoinsigne, en *El Liberal*, por ejemplo, aceptáronlo de buena fe más de mil personas. Ahora, también, que yo mismo, naturalmente, he deslizado en los periódicos a noticia de que el editor Forenzy va á traducirme y publicarme *La bruta* en francés... una ballarina, precisamente una ballarina, síjome al leerlo: «¡Caramba, qué dineral va usted á coger», amigo mío!» He de añadir que la ballarina es guapa, de postal, y que el amigo mío, bajo la acción de la noticia, que en los labios de ella una delicia de proezas loca. Tras esto, comprendo usted mi andidez si confieso, y desde el *HERALDO*, nada menos, que acaso los 1.000 francos de ese editor sean «la cantidad más considerable que yo haya recibido junta?... ¡lombro, lombro, por Dios, y que lo lea la ballarina, que, hasta sin bailar, gana el doble en cuatro días!»

Ayúzase, pues, á la taumatúrgia, Vorá. Según era bella ballarina, debo de ganar mucho. Según una interviú de *España Nueva* con los libreros de viejo, vondo mucho. Según Fernando Fo (librero de nuevo), también. Según Emilio Bomba, *Las ingenuas* tendrán que darme mucha *quita*.

A lo menos, y por la principal razón de haber sido la primera, es la novela que me va produciendo más, hasta hoy. Acortó el Bomba al decirme eso sin saber, por cierto, que yo le había deslizado al autor. Fue en un tron, Volá pero leyendo en el viaje otra novela mía (la *Lezera*), acabada de salir de la imprenta, y en Almorchón, procedentes del mixto de Sevilla, subieron á mi coche tres nodencos y cinco cazadores de trapío. Entre éstos el Bomba (ainé). Pidiéronme disculpa por los perros, cambiamos un cigarro, después, y uno tomó mi libro del asiento.

—*Alma en los labios*—hojeó—. ¿Es nuevo?

—¿De Felipe Trigo?—dijo el Bomba, arrebatándolo—. ¡De este hombre he leído yo lo más mejó del mundo, *Las ingenuas*! ¡Y las ha leído de Sevilla! ¡Lo tío que da mucha quita!

Los cinco habían leído *Las ingenuas* y *La sed de amar*. Aborrecieron el placer de «despreciar la gloria» callándoles mi nombre, y entre todos estuvieron suavizándome un jabón de alabanzas más que regular.

Luogo, poco á poco, he venido á averiguar que (salvo el andaluz hiperbolismo), me leo, además de «to» Sevilla, «to» España y parte de sus Indias. Apenas hablo con alguien que no haya leído mis obras y conozca á mis héroes por sus nombres. «Debo de ganar mucho—he llegado á repetir—; pero, ¿dónde está?... Entonces, admitido de la *quita* que tendrán las Indias y la España *lectoriles*, juzgando por mi ovluo, formulaba este problema: «O yo he publicado tantos ejemplares de mis obras como habrá en España quienes sepan leer de corrido, ó los que sabrán leer de corrido en la España de San Pedro (ministro de Instrucción) podrán contarlos por los ejemplares de mis obras.»

Tiro de lápiz. En los ocho años que van desde que publiqué la primera le he entregado al público, de mis diez novelas, un total de 54.000 ejemplares. Con tal dato, se me transforma el dilemático problema en este otro dilema estupendo: «O 54.000 lectores bastan para forjarlo á un autor la ilusión de que lo ha leído todo el mundo, ó será que cada tomé es leído por dieciséis, además del comprador...; en «cuyo» caso los 54.000 lectores se me convierten en *setecientos sesenta y cuatro mil*».

Si, querido Pinillos; déjeme que ponga en letras la cifra encantadora, y no me arguya que mi modo de multiplicar (no el de anotar los factores) es prodigioso. Ya lo sé. Es... la taumatúrgia, de que lo hice mérito al principio, y gracias á la cual amplio y alcanzo esta nueva conclusión: «764.000 lectores españoles con todas mis novelas; pero... el bravo señor Forenzy, sólo de *La bruta*, y para empozar, hace 60.000 ejemplares. Multiplique los presuntos 60.000 lectores-compradores franceses por los 16 de *gorra* consabidos; los agrego aquéllos al producto, y obtengo la bonita suma, entre españoles y gabachos, por lo de ahora, de UN MILLÓN SETECIENTOS VEINTE MIL LECTORES.»—¡Vale la pena de escribir, qué diablito! Considéreme desde hoy... *rotativo*!

Y en mi descargo aun diré que no cuento, de puro desprecio ya á números más ó menos, el otro mi buen milloncote de americanitos que me leen por gracia de Dios... y de visitantes con vista; Aurelio Varela dícame esta actualmente están las librerías de Buenos Aires abarrotadas de *Ingenuas* á poseta, y en el último número de la revista argentina *German* hallo este anuncio: «TROZOS LITERARIOS: el Centro Editor «Los Precursores», de Santiago de Chile, ha publicado esta colección de cuentos, Los firman Octavio Mirbeau, Fejé de Quieroz, Felipe Trigo y Máximo Gorki.»

—Bueno—me dirá usted—, y para acabar, y después de tanta música de millones de lectores, ¿qué piensa usted de los editores y qué gana usted al año en limpio?...

¡Oh, dolor! ¡Volvemos á la realidad casi indecente! De los editores ya creo haberlo dicho algo, sin decir nada, en el transcurso de estas líneas humildísimas. Y con respecto á lo que mis libros van produciéndome anualmente, pues... pues... mire: de los primeros cinco años no lo sé, porque los edité por mi cuenta; de estos tres últimos, sí. Pucyo me pagó en el antedúltimo, por un resto de ediciones, una reedición y una novela nueva, 4.000 pesetas; en el pasado, 7.500 por dos novelas nuevas y tres reediciones, y, finalmente, Fernando Fo, por dos reediciones y dos novelas nuevas, me ha pagado unas 20.000 pesetas.

¡Dios me lo triplique siquiera de aquí á otros ocho años, y usted que pueda volver á preguntármelo con toda la cabal salud que para mí desool...

FELIPE TRIGO.

EL DINERO DEL LIBRO

# VALLE-INCLAN

Señor D. José López Pinillos.

Amigo y dueño: Ya tenía preparada la pluma para responder á su carta y trazada la cruz en el papel, cuando me detuvo un escrupulo. No sabía cómo decirle que con los libros sólo he ganado el placer de escribirlos; pero hacienda, muy poca, y honra, ninguna, porque yo no llamo honra al andar en lenguas, que es andar en el cuento de las mentiras, donde sólo alcanzan el favor de la loa los bandidos famosos, los generales afortunados, los toreros valientes y, alguna vez, las tonterías de los hombres políticos.

Como le tengo en tanta estima, no quería contarle cosa que cierta no fuese ni tampoco sonrojarme de contarla, que también á mí me tengo en gran respeto. Ello es que me dolía la confesión de mis menguados provechos en la literatura y el aparecer con plumas tan cuitada entre tantas plumas de resplandeciente oro que labraron platales. Estando, pues, combatiendo con estas orgullosas bascas me vino el recuerdo confuso de algunas razones que en un libro nuevo escribe nuestro admirable Benavente. He buscado el libro y voy á copiarlas, porque son de muy buena gracia, socarronas y discretas, como de humanista antiguo:

«Aun sin exagerar los rendimientos de las obras, ya basta para que muchos nos envidien y nos odien, y para que otros, sin vocación, sin aficiones siquiera literarias ni teatrales, se lancen á escribir dramas y comedias sin otra razón ni propósito que robar el dinero. Lleguen, lleguen en buena hora, y vean por sus propios ojos lo que cuestan y lo que valen las glorias y los provechos teatrales. Si ha de leer uno todo lo que hace falta para no dejar enmohecer el espíritu; si ha de vivir todo lo que necesita para estudiar costumbres y caracteres de todas las clases sociales, es seguro que el coste de producción superará con mucho á los productos.»

Esto dice el más grande, famoso, popular y fecundo de los autores dramáticos españoles. Yo no quiero con estos cuatro adjetivos hacer menosprecio á los viejos ídolos ni á los nuevos maestros, ni tampoco á mis hijos, los jóvenes iconoclastas; pero sí profetizo que cuando todos pudramos tierra, sólo seguirán pasando de claro á los corazones las áureas flechas de Jacinto Benavente. Y ahora, volviendo al caso de nuestros dineros, ha de considerar, amigo mío, que si los autores dramáticos tienen motivo para tales quejas, yo, pobre novelista, ni aun aliento tendré para exhalarlas. Pero es tanto lo que me divierte este empeño de escribir libros, que en él pienso morir de puro extremarlo.

Quede aquí, pues, sin otras razones esta carta, y mande á su amigo, que le pide la merced de los brazos.

VALLE-INCLAN.

Madrid, 23-11-909.



# HAMLET-GOMEZ

Señor D. José López Pinillos,

Querido Parmeno: No está justificado, sino por gentileza suya, que yo ocupe un lugar en esta sección. ¿Cómo voy a decir «lo que me producen anualmente mis libros», si apenas hace un año que me he dado a luz como escritor en España y apenas hace dos que publiqué mi primer libro en América?

Verdad es que hace años abortí yo en Madrid cierto intento de libro (quise publicar un libro y me quedé en el prólogo), titulado *Cosas de Hamlet-Gómez*, del cual quisiera acordarme. Sin embargo, justo es consignar, como dato para la Historia, que aquel feto literario me produjo muy cerca de 50 pesetas. Más no se alarme usted: la edición me fue pagada por mis amigos (yo, de dónde), y las 50 pesetas son la cantidad líquida que me produjo la venta de la obra. Nunca faltan locos generosos...

Pero volvamos a lo actual. Después de ocho años de trabajos oscuros y preparatorios di a luz en Buenos Aires una famosa novela *Misterios del anarquismo*, que se publicó en la revista argentina *Caras y Caretas*. El año pasado publicó en Madrid *Inri*, *El pantano* y dos novelas en un tomo, y en el presente año, *Del alma de Andalucía*, una novela y varios cuantos.

Pues bien; *Inri*, *El pantano*, aunque me valió altos elogios públicos y privados y fui obsequiado con un prestigioso banquete—bueno es recordarlo—no me ha producido nada sólidamente. Lo que me costó la edición, los pesetas, fué exactamente lo que vendí a los librerías al contado a raíz de la publicación. Y si bien es cierto que el resto de la edición lo mandé a América, allí donde tengo yo mis esperanzas, el total (aun no he liquidado el resto) para comprarla y únicamente insignificante. ¡Ay de mí! Una edición de 1,000 ejemplares no da para almorzar con acierto.

El otro libro, *Del alma de Andalucía*, ha sido más afortunado; al publicarlo, vendí los números al contado lo que me había costado la edición, más 120 pesetas de ganancia. El resto de la edición lo di a lo en comisión y otra pequeña parte la envié a América. Pon gamos aquí otro bonado suspiro, y adelante.

¿Qué me quedaría en mis manos y no podría seguir ese bienido si no me confortara ahora mismo el ánimo con un buen trago de datos substanciales. Por el libro *Misterios del anarquismo*, publicado en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, me pagó la gran revista mil dólares. ¡Mil dólares, amigo Parmeno! Exceso decir que esa es, hasta ahora, en cantidad nada considerable que he cobrado de un extranjero. ¡Pues, ese mismo libro ha sido traducido a varias lenguas y me han comprado los derechos de reproducción algunos diarios de América, siendo el total de lo que me ha producido unas ochocientos pesetas. Lo único que me falta es que esa obra victoriosa no sea publicable en España. ¡Hay, ante todo, que guartar santo horror a la ley! Pero, de todas maneras, *Misterios del anarquismo* es libro de indiscutible porvenir en el mundo...

Además, amigo Parmeno, el producto de un libro no siempre se puede medir por el número que produce la venta de los ejemplares. Hay libros que, sin venderse, proporcionan al autor una posición ó una fortuna; y entonces, ¿quién puede calcular el dinero del libro? Por obra y gracia exclusivas de *Misterios del anarquismo* me fué ofrecida a mí, y obtuve, la representación y correspondencia de *Caras y Caretas* en España. ¿Quién puede decir, pues, el dinero que me ha producido y me hará ganar en el porvenir ese libro? En los comentarios de cierto gran edicto que yo quiero construir haré pozer, como primera piedra, un ejemplar de *Misterios del anarquismo*...

Con esto y con insinuar que ya tiene en su poder *Caras y Caretas* otro libro, *El anarquismo en París*, que empezará a publicar en breve, y por el cual me pagará otros 1,000 dólares, podía dar por terminada mi respuesta... y hecho mi negocio. Porque mi negocio está precisamente en anunciar solemnemente al público que he escrito un nuevo libro, *El anarquismo en París*, el cual, en cuanto sea publicado en América, se dará a luz en España, porque sobre él no pesa, felizmente, ninguna prohibición, como acontece a su hermano *Misterios del anarquismo*. Y es claro: un libro por el cual paga una revista 1,000 dólares, y antes de publicarse ya está pedido en varias naciones para su traducción, es lógico que debe ser un gran libro, y su publicación en España, un acontecimiento literario.

Pero no, amigo Parmeno; para dar noticias de este fuste, vñgares é insignificantes, ó para hacerme un reclamo hipócrita, no soy yo capaz de molestar al público. ¡No! Es que tengo que hacer importantes, trascendentales declaraciones a propósito del tema de esta consulta: «El dinero del libro». Verá usted. ¡Además, quiero corresponder a su gentileza!

Pero, ante todo, permítame usted que expañione mi pecho. No hay nada más molesto, depresivo, ingrato y despreciable para mí que oler y palpar la superioridad que tienen muchas otras profesiones sobre la de escritor. ¡Oh! Es horrible que ministro, torero, rey, farmacéutico, bailarina, obispo, sean oficios más productivos que el de literato. ¡Sobre todo, Dios mío, el hecho de que la oratoria sea más substancial que la literatura es cosa que me anubarra el ánimo y me endrespa el humor! No lo puedo remediar.

Por lo tanto, he resuelto formalmente reivindicar la profesión literaria. ¿Cómo? ¡Vive Dios! ¡A punta de pluma, a fuerza de libro, he decidido construirme un palacio, con auto-móvil a la puerta y aeroplano en la azotea! ¡Quiero que se vea que la decencia no es enteramente incompatible con la literatura y que se puede ser escritor y tener palacio, coche y, si me apuran, aeroplano para epatar a Cristo!

Mas nada de bromas; para conseguirlo tengo mi plan: Cultivando el periodismo en América, el teatro en España y el libro en todas partes se pueden obtener bellos resultados. El periodismo ya he comenzado a cultivarlo, con fortuna, y el teatro, sólo aguardo a encontrar un empresario que merezca hacerse rico para empezar a estrenar mis obras. Pero es preciso reconocer que ni con el periodismo ni con el teatro, a no ser muy afortunados, es posible construir palacios. Volvamos, pues, al libro.

¿El libro para construir palacios en España? ¡Justamente: el libro. ¿Cómo? Muy sencillo. Pero si en España no se vende un libro! Pero España tiene suelo donde edificar palacios. ¿Sin dinero? El dinero se busca donde lo haya, pardiés! No es en Inglaterra, en Alemania, en Francia, donde produce dinero el libro? Pues bien; nada más fácil: escribamos libros para Inglaterra, Alemania y Francia; escribamos libros que no tengan más remedio que leer los ingleses, los alemanes y los franceses; esto es, que cuando los grandes públicos europeos quieran deleitarse de veras leyendo un libro, Europa no tenga más remedio que volver los ojos a España.

— ¡Pero hombre!..

Nada, nada; lo dicho. Un modelo de esos conquistadores, de mi invención, lo voy a en marcha. ¿Cuál? *El anarquismo en París*. Cuando se publique esta novela en España llevará un breve prólogo, que ha de ser famoso como la novela. Entonces hablaré.

Mientras tanto, me limito a preguntar: ¿pero decididos estamos? ¿Por qué, ¡vive Dios!, ha de estar enterrada la raza de los conquistadores? ¿Per qué hoy día no hemos de intentar en la pluma lo que antaño realizamos con la espada? Hay quienes hacen patria de un momento; se la comen. Y lo que os peor de todo: la desdoran. Yo, en cambio, quiero hacer patria ayudándola a comer con honor. No seré como un cauce tendido a través de los mares, a través de las fronteras, por donde corra y fluya el oro hacia España con el ansa de gloria. ¡Pero de gloria que resueñe en el mundo! No me gustan los alborotos de hoy. Y puesto que yo vivo en España, quiero que la Puerta del Sol, de Madrid, sea Puerta del Sol de Europa. Ni más ni menos. Este país necesita de ejemplos, de hombres, ¡vive Dios!

No me resta contestar a una de sus preguntas, amigo Parmeno, y puesto en el disparadero me lanzo a hacer una revelación bastante temeraria, honrada. Ahí va. ¿Puedo preguntar? ¿Cuál de sus obras le gusta más? Pues bien; ninguna. Respetuosamente le aconsejo que *Inri*, *El pantano* y *Del alma de Andalucía* son cosa buena, excelente cosa, pero no voy a ser tan menguado que desacate a nadie de ilustres y bondadosas autoridades. Pero a mí... no me gustan. ¿Entonces son malos *Misterios del anarquismo* ó *El anarquismo en París*, esos libros napoleónicos, los que me gustan? Tampoco.

¿Entonces confieso... que no; que hasta después que se haya construido mi consabido palacio no escribiré yo libros de mi gusto, libros de mi alma...

Y nada más, querido Parmeno, sino un ruego: que publique usted íntegra y escrupulosamente mis importantes declaraciones.

HAMLET-GOMEZ.

EL DINERO DEL LIBRO

EDUARDO ZAMACOIS

Señor D. José López Pinillos .

Mi querido amigo y compañero: La satisfacción que experimento al responder á las preguntas de su amable carta suscita en mí el recuerdo, un poco triste, de que siendo yo uno de los autores que venden más, soy también aquel, indudablemente, á quien menos dinero le han producido sus libros.

Mis novelas favoritas son: *El seductor* que ahora va á ser traducida al alemán y de la que en España van agotadas seis ó siete ediciones, y *Memorias de una cortesana*, libro del que se han vendido en estos cinco años últimos más de quince mil ejemplares.

*El seductor* es una obra imaginativa, una reencarnación de *Cyrano*, que más tarde tuve el gusto de ver hecha carne y realidad en una tal Sra. Veraine, parienta del poeta famoso, la cual, como el anciano protagonista de mi libro, conquistaba y rendía voluntades con sólo el encanto lírico de sus cartas.

En *Memorias de una cortesana*, por el contrario, mi imaginación apenas intervino, y únicamente trabajó mi memoria; según fui recordando fui escribiendo; las cuartillas eran como trozos de espejo, en los que iban reflejándose escenas vividas por mí ó vividas á mi lado por otros; ¡qué labor tan dulce!.. A esto atribuyo el gran calor de verdad que, á mi juicio, late en las páginas de esta obra.

En la confección de mis novelas siempre he trabajado con absoluta buena fe: así, para escribir *Sobre el abismo* hice un viaje de seis días, de Palma á Barcelona, en un bote de vela, y para retratar bien la sensación del hambre en *Memorias de una cortesana*, me estuve dos días enteros sin comer.

Las satisfacciones que esta labor tan personal me ha proporcionado son mi recompensa única; porque lo que he ganado con mis libros es irrisorio. Ninguno de ellos me ha valido mil pesetas, ninguno... Todos los fui vendiendo á su editor, por cinco años; luego hicimos un nuevo contrato, por diez años más. ¡Medía vida! Los dieciocho volúmenes, por tanto, que llevo publicados no me producen anualmente... nada!..

De nuestros editores no me atreví á hablar por miedo á ser injusto. A los artistas nos sucede en este caso lo que á las mujeres que conservan de su primer amor un mal recuerdo: no hay hombre que las parezca buenas después...

Aprovecho esta ocasión para reiterarme de usted admirador sincero y buen amigo, que estrecha las manos,

Eduardo Zamacois .